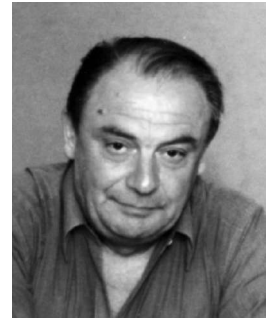


ALLENDE: Un Homenaje Indispensable



Marcelo Contreras
Director Revista Foro
Chile 21

Allende, donde se confunde el mito, la historia y la leyenda. Un líder de su tiempo, que soñó que se podía construir el socialismo en paz y democracia. Con vino tinto y empanadas. Su intuición fundamental fue que democracia y socialismo no sólo no son conceptos antinómicos, ni siquiera complementarios, y que la mejor utopía socialista es la democracia extendida en el Estado y en la sociedad.

Este mes se cumplen treinta años del golpe de Estado de 1973 y de su sacrificio postrero al ofrendar su vida en aras de sus convicciones. Su nombre y su figura se convirtieron en símbolo de libertad. Coreado y rayado en las murallas de un régimen autoritario, fue recogido en las calles, plazas y alamedas de los más remotos rincones del mundo, como el reconocimiento al coraje y la consecuencia con sus ideales.



Socialista de toda una vida, Salvador Allende hizo la mayor parte de su carrera política en el parlamento, en donde llegó a ocupar la presidencia del Senado, destacándose como un agudo y brillante polemista. Hombre de izquierda, tuvo un profundo compromiso latinoamericano y tercermundista.

Doctor especializado en salud pública, tuvo una especial pasión por la defensa y calidad de vida de los sectores más pobres y postergados de nuestro país. Joven ministro de Salud en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, se preocupó de

la condición de la infancia.

Candidato a la Presidencia de la República por cuatro períodos consecutivos, encabezó coaliciones sociales y políticas identificadas con la izquierda chilena, de la cual fue su líder indiscutido. En 1970, luego de una larga marcha, logró el triunfo a la cabeza de la Unidad Popular, que reunía sectores marxistas, laicos y cristianos, obteniendo su ratificación en el Congreso Pleno, con la oposición de la derecha chilena.

Más allá de los errores y aciertos de su gobierno, la historia de la Unidad Popular, o los mil días

de Allende, no se puede evocar sin la pasión de sus partidarios o el encono de sus detractores. Sería vano el esfuerzo de intentar rescatar la obra de su gobierno o siquiera intentar un debate racional acerca de ese período. Tal como ha quedado demostrado en estos últimos días, las opiniones parecen muy sólidamente preconstituidas. Sin embargo, fue un período muy rico en acontecimientos, algunos de mucha trascendencia, como la nacionalización del cobre, por ejemplo, que evidencian el férreo compromiso de Allende por cumplir el programa que la Unidad Popular le ofreciera al pueblo de Chile.

Cuando, con ocasión de este nuevo aniversario, las miradas se vuelven al pasado a través de múltiples actos de





...“he aprendido mucho más de la universidad de la vida; he aprendido de la madre proletaria en las barriadas marginales; he aprendido del campesino, que sin hablarme, me dijo la explotación más que centenaria de su padre, de su abuelo o de su tatarabuelo; he aprendido del obrero, que en la industria es un número o era un número y que nada significaba como ser humano, y he aprendido de las densas multitudes que han tenido paciencia para esperar”.

conmemoración, variados reportajes periodísticos y un sesgado debate político, la figura de Allende crece a la par que se empequeñece la imagen de sus detractores. Pese a que su nombre y su recuerdo estuvieron prohibidos largos 17 años y que su imagen fuera objeto del más despiadado y sistemático intento de



destrucción, Allende pervivió en la memoria de sus camaradas de partido; en el recuerdo de los cientos y miles de simpatizantes que en alguna ocasión visitó, en las interminables y múltiples giras en las que recorrió Chile entero; en los cientos de hogares en que alguna vez se alojó; en el seno de su familia, que hizo honor a su nombre en la lucha por la libertad y la democracia; en sus amigos y también en sus adversarios políticos que reconocieron su consecuencia.

Quienes tuvieron el privilegio de conocerlo, lo recuerdan por su personalidad fuerte, su carácter afable, la firmeza de sus convicciones, el talento político y su profundo amor por la vida. Allende tuvo muy grandes y buenos amigos, no sólo entre sus partidarios o seguidores, sino también entre sus adversarios políticos, que respetaban su coherencia, consecuencia y el brillo que ponía en la defensa de sus convicciones.

Sin embargo, es en la juventud, aquellas jóvenes y aquellos muchachos que no alcanzaron a conocerlo y lo vienen a descubrir treinta años más tarde, donde su figura despierta una mayor atracción y evocación. Jóvenes que se niegan a admitir la política como un pragmatismo frío y calculador, desprovisto de sueños, ideales y utopías. Que ven en Allende no sólo un político consecuente. También un soñador, un estadista y una persona dotada del carisma de los líderes.

Resulta perturbador que, a treinta años del golpe militar, la mayoría de los actores políticos de entonces no hayan sido capaces de hacer su propia autocrítica acerca de las causas del quiebre institucional de 1973 y sus propias

responsabilidades en esa tragedia, refugiándose en las mismas convicciones y argumentos del pasado para eludir las y endosárselas a los otros. Así como no existe una causa única que permita explicar el quiebre institucional, así tampoco existen responsables principales o secundarios entre sus protagonistas. En





De igual modo, resulta incomprensible que muchos que fueron sus adversarios políticos pero compartieron parte de su trayectoria parlamentaria y vida política, se resten a un homenaje que no busca ensalzar el mito, rescatar su gobierno ni validar sus convicciones políticas, sino reconocer su consecuencia hasta el límite de la propia vida.

mayor o menor medida, todos los actores sociales y políticos cargan con una cuota de responsabilidad por la crisis que condujo al golpe de Estado de 1973 y la entronización de una dictadura que permaneció en el poder durante 17 años y que no lo abandonó por propia voluntad sino por la decisión de una amplia mayoría ciudadana, en donde se reencontraron los demócratas de ayer y de hoy.

Con este reportaje gráfico y de citas arbitrarias de algunos de sus discursos, extraídas del libro “Se abren las Alamedas”, publicado en 1992 por el Instituto para el Nuevo Chile, la Fundación Chile

21 quiere rendir un homenaje indispensable a un ex Presidente mártir -el segundo en la historia de Chile- así como rescatar el legado político que dejara a su partido, a la izquierda chilena y al



Colo Colo campeón posa junto al presidente.

país, al ligar indisolublemente el concepto de socialismo al de democracia, justicia y libertad. Allí deben buscarse las raíces del proceso de renovación que ha vivido el socialismo en nuestro país.

Al igual que el libro del que está extraído, este reportaje gráfico busca ofrecer a sus amigos, partidarios y adversarios; a las nuevas generaciones; al Chile que ha recuperado la democracia y a los pueblos que ayudaron a conseguirla, la imagen de un demócrata consecuente que la historia no olvidará.

El solemne momento de su discurso ante la Asamblea de la ONU (1972)



Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años,¹ donde los tribunales de justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente haya jamás dejado de ser aplicada. Un país de cerca de 10 millones de habitantes que en una generación ha dado dos Premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores. Historia, tierra y hombre se funden en un gran sentido nacional.



EL ÚLTIMO DISCURSO DEL PRESIDENTE ALLENDE, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Alrededor de las siete y media de la mañana del martes 11 de septiembre de 1973, el Presidente Allende entró al palacio de la Moneda, acompañado de un reducido grupo de sus amigos más cercanos. Había sido informado en la madrugada que un sector de la Armada se había levantado contra el gobierno constitucional en Valparaíso, y desobedecía a sus mandos naturales. El almirante José Toribio Merino usurpaba el mando de la Marina.

Esta fue la primera información. Ya en la Moneda, el Presidente fue enterándose de la magnitud del levantamiento. Hasta horas antes, el general Pinochet le habla jurado lealtad, y el general de Carabineros, César Mendoza, se había exhibido en una actitud "rastrera".

En las primeras tensas horas de ese martes de septiembre llegaron a la Moneda algunos de los más cercanos colaboradores del Presidente, ministros de su gabinete, amigos personales, encargados de su seguridad. Desde su despacho privado, el Presidente tenía comunicación directa con algunas radios de izquierda. A través de esa línea telefónica se comunicó en tres ocasiones con los estudios de radio Magallanes, y dirigió al país mensajes breves y emotivos. El segundo de éstos es el que sigue:

Conciudadanos:

...Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra, roto la doctrina de las Fuerzas Armadas.

El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar, ni dejarse masacrar, pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.

Una palabra para aquellos que llamándose demócratas han estado instigando esta sublevación, para aquellos que diciéndose representantes del pueblo han estado turbia y torpemente actuando para hacer posible este paso que coloca a Chile en el despeñadero.

En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe.

La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada, éste es un momento duro y difícil.

Es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los

trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

A las 10:20 de la mañana, el Presidente Allende habló por última vez. La grabación magnetofónica es imperfecta, y se escuchan ruidos, disparos, voces que interfieren sus palabras.

El Presidente Allende, el más sereno de todos según los testigos presentes, se despedía de su pueblo:

Compatriotas: es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos dando este ejemplo, para señalar que en este país hay hombres que saben cumplir con las obligaciones que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por la voluntad consciente de un Presidente que tiene la dignidad del cargo (...).

Quizá sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron.

¡Soldados de Chile, comandantes en jefe y titulares (...). El almirante Merino (...). El general Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestaba su solidaridad y lealtad al gobierno, también se ha denominado general director de Carabineros.

Ante estos hechos, sólo me cabe decirles a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

¡Trabajadores de mi patria! Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empujó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. Es éste un momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes. Pero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctima del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra: a la campesina



"Los pueblos sin memoria, nada significan y nada valen. Hay que honrar a aquellos que dieron su vida y su existencia por dar contenido, forma y perfil a nuestras nacionalidades..."

que creyó en nosotros; a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños.

Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha.

Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder (...). La historia los juzgará.

Seguramente radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes; por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

¡Trabajadores de mi patria! tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.